

La conversión pastoral y misionera en tres pasos de baile

Alberto Toutin ssc
Superior General

INFO SSCC Hermanos No 133 –4 de junio 2019



Fiesta de la Santa Cruz en Huaripampa (Perú)

Primer paso: al paso de las generaciones

Durante los días de visita a los hermanos en Perú, tuve el privilegio de acompañarlos en la fiesta de la Santa Cruz en el poblado de Miraflores en Huaripampa. Muchos habían venido de otros lugares al pueblo solo para la fiesta. Celebramos primero la eucaristía junto a la comunidad allí reunida. Luego, salimos con la imagen de la Cruz de Cristo para hacer la procesión. Y al final todo el mundo a bailar alrededor de la Cruz, al son de la música de la banda. Allí había un niño pequeño, vestido para la ocasión que seguía los pasos del baile. Me acerco a preguntarle a él y a sus padres: "¿Quién te enseñó a bailar? ¿Tus papás?" y el niño me responde: "No, mi abuelito". Me imaginé a ese niño, viendo a su abuelo bailar, y allí aprendiendo a caminar y a bailar al mismo tiempo. Además, allí mismo descubriendo que, al Señor de la Cruz, se le reza con los pies y el baile, con la fiesta y la alegría compartida, en el pueblo de sus antepasados, que convoca a los que están lejos y a los que viven aún allí, en otro ritmo donde se interrumpe la fatiga del trabajo.

Hoy sabemos que el encuentro y el diálogo entre las generaciones no es simple. Es cierto, contamos con las posibilidades técnicas de estar conectados contemporáneamente con gente de distintos lugares, pero es más difícil el estar presencialmente -juntos-, generaciones diversas. En la transmisión de la fe, los padres muchas veces se ven desprovistos para inculcar la fe que han recibido, tal vez, de sus padres o catequistas, a sus hijos. Sin embargo, creo que la fe, con su visión, sus valores y sus ritos, se puede



comunicar hoy en día de una generación a otra. Y que esa comunicación pasa por los mismos canales por los que se transmite la lengua, las costumbres, los valores, los gustos, los ritos de un pueblo y de una cultura, como este niño que aprende a bailar, junto a su abuelo. Una fe festiva, de baile e imágenes, de ritos y vestido de fiesta, de encuentro y comida compartida. Pienso hoy en tantos abuelos(as) que pasan buena parte de su tiempo, cuidando y acompañando a sus nietos. A su vez, a través de este tiempo con sus nietos, los abuelos(as) se sienten no solo útiles, menos preocupados de los dolores y limitaciones que vienen con la edad y más vitales, compartiendo cariño, tiempo, recursos, con sus nietos. En ese mismo tiempo compartido, son los abuelos(as) los que muchas veces enseñan a sus nietos los primeros pasos en la vida de fe: las oraciones, el signo de la cruz, van con ellos a misa. **Pablo** alaba la fe sincera de su discípulo **Timoteo**, la cual se arraiga en su abuela **Loida** y su madre **Eunice** (Cf 2 Tim 1,5). También entre nosotros,

al interior de la comunidad, los hermanos más jóvenes pueden ver lo que significa nuestra consagración mirando y compartiendo con los hermanos mayores que viven reconciliados con su edad y serenos con el hecho de que las cosas hoy no se hacen como antes. Incluso allí donde hay solo hermanos mayores, la calidad de relaciones entre ellos, el modo cómo se relacionan con las personas que los cuidan, testimonia, sin muchas palabras, de la vitalidad de nuestro hombre interior, de nuestra fe. Aunque el hombre exterior envejezca, ¿qué es lo que comunicamos, testimoniamos de la calidad de nuestro hombre interior a nuestro alrededor, a nuestros hermanos más jóvenes? Y hermanos más jóvenes, ¿no sería bueno pasar menos tiempo “pegado” al celular y dedicar un poco más de tiempo a estar con nuestros hermanos mayores, interesarte por ellos y aprender de ellos?

Segundo paso: bailar juntos mirando al maestro de baile

Le pregunto a los hermanos del Perú, dónde se reúnen los jóvenes, fuera de los espacios de nuestras pastorales: “Se juntan a bailar”-me responden-. Es cierto que, desde pequeños, los niños aprenden en las escuelas a bailar los bailes típicos de su región. Y también los jóvenes, por su propia iniciativa, se reúnen en plazas o en salas para aprender a bailar. Ellos mismos se convocan, buscan a un profesor de danza, juntan un poco de dinero para pagarle. Allí perfeccionan lo aprendido en la escuela de los bailes tradicionales, aprenden otros bailes y coreografías tradicionales o contemporáneos. Cuando hay un interés y un gusto compartido, los mismos jóvenes invitan a otros a sumarse. Además, si quieren perfeccionarse en el baile, es mejor asociándose a otros y contar con un maestro de baile. Eso les permite, producirse en fiestas religiosas o celebraciones de familia, de barrios e incluso tener algún pequeño ingreso. Saber bailar es como saber otra lengua que te pone en comunión con otros, haciendo algo juntos. En los grupos de baile cuentan menos las individualidades que la capacidad de coordinarse con la pareja o con el grupo en las coreografías. Viendo a alguien con más experiencia, se aprende mejor. Jesús mismo cuando miraba juzgaba a su generación, les hacía ver que no habían sabido ponerse a bailar al son de la música de Dios. “Os hemos tocado la flauta y no habéis bailado...” (Lc 7, 32). Su generación no había sabido sintonizar ni con la presencia de Juan el Bautista ni con la del mismo Jesús. En la línea de una Iglesia en salida y que va al encuentro de las personas allí donde están, en este caso los jóvenes, ¡qué bien nos haría la presencia de jóvenes de nuestras comunidades, agentes pastorales, hermanos y hermanas en esos

grupos de bailes! Aquello que nos hace vivir como discípulos de Jesús lo compartiríamos por los canales por los cuales jóvenes se dejan enseñar por un maestro y aprenden juntos a bailar. En ese bailar juntos se encontrarían jóvenes de Iglesia y de otros lugares, se tejerían, tal vez, lazos de amistad y de apoyo, ¿no nos haría bien preguntarnos dónde se reúne la gente, más allá de nuestras capillas y pastorales, interesarnos por sus temas, hacer nuestras sus preocupaciones y gustos? En fidelidad a la intuición de nuestros fundadores que buscaban discernir, acoger y secundar la acción de Dios, ¿no tendríamos que escuchar más la música que Dios está tocando y ponernos a danzar a su ritmo? Y también, ¿quiénes hoy entre nosotros pueden iniciar a otros a entrar en la danza a la que Dios nos invita? ¿De quiénes mirando su vida, podemos aprender los pasos de la danza de Dios?

Tercer paso: bailar y saber esperarse

En una de las capillas de la parroquia de nuestra Señora de la Paz de Montenegro (Lima), durante la misa dominical hubo la bendición de los responsables de una cofradía de la Santa Cruz, de la imagen que presidiría la fiesta. También hubo la aspersion sobre el grupo de baile que acompañaría la procesión, desde la capilla hasta el barrio donde viven los miembros de la cofradía. Todo estaba listo, pero no podía comenzar la procesión, pues la banda no había llegado. Sin la música y la banda algo esencial de la fiesta faltaba. Para el buen desarrollo de la fiesta, todos son importantes. Y si uno de los actores de la fiesta- en este caso la banda- no está, hay que saber esperarse. La banda llegó finalmente y la procesión pudo partir.

Pablo atendiendo precisamente a este hecho, recomendaba a los miembros de la comunidad de los Corintos que, cuando se reunía para celebrar la cena del Señor, supieran esperarse unos a otros (Cf. 1 Co 11,32). Me pregunto si la tan anhelada conversión pastoral y misionera no pasa también por el reconocer los diversos agentes implicados, donde todos cuentan y son diversamente importantes, según su función y aporte específico al conjunto. Y luego por el saber esperarse, teniendo en cuenta los ritmos vitales, las sensibilidades eclesiales y visiones de mundo diversas que existen entre las personas que servimos y también entre nosotros los hermanos.

En este mes en que celebramos los corazones de Jesús y de María, pidamos que nos ensanchen nuestro corazón de pastores para ponernos al paso de la danza de Dios entre nosotros, aprendiendo unos de otros, los mayores y los más jóvenes, yendo al encuentro de las personas, “fuera” de nuestras capillas, sintonizando con sus intereses y preocupaciones, esperándonos unos a otros. Nunca es tarde para aprender a bailar al son de la música que Dios está tocando en nuestra Iglesia y en nuestro mundo. Incluso si nuestros pasos son vacilantes, podemos apoyarnos en los pasos de los más experimentados. Y si la lentitud de los cambios institucionales de nuestra Iglesia, nos pueden dar la impresión a veces de estar bailando con dinosaurios, bailando juntos, podemos rejuvenecerla.

Alberto Toutin ssc
Superior General